

CARLOS J. RODRÍGUEZ CASILLAS, *LA BATALLA CAMPAL EN LA EDAD MEDIA*, SINE QVA NON, MONOGRAFÍAS DE HISTORIA MEDIEVAL, 4, MADRID, LA ERGÁSTULA, 2018, 165 PÁGS. ISBN: 978-84-16242-44-3.

DAVID PORRINAS GONZÁLEZ
Universidad de Extremadura

La presente obra constituye una importante síntesis de un tema amplio y complejo como es la batalla medieval. Escrita con estilo directo y sencillo puede ser leída con facilidad por un público relativamente amplio, lo cual muestra el esfuerzo del autor por ser entendido. Por ello podemos considerar que se trata de un libro de divulgación sólidamente sustentado en el rigor histórico, con un aparato crítico no demasiado abundante, pero suficiente y preciso, y un material gráfico que nos ayuda a entender aspectos complicados. El lector encontrará en sus páginas una guía amena que le permitirá terminar comprendiendo en esencia qué era la batalla en la Edad Media.

A lo largo del texto se abordan temáticas relacionadas con la batalla campal en la Edad Media que ayudan a contextualizar un tipo de operación militar que no fue abundante, al menos no tanto como lo serían los asedios a fortalezas y las cabalgadas predatorias y crematísticas. A pesar de su escasez, la batalla tuvo una importancia notable en la Edad Media. Pero ¿qué podemos entender por “batalla” medieval? Precisamente a ese asunto controvertido es a lo que dedica Carlos Rodríguez Casillas el primer capítulo del libro, analizando para ello algunas percepciones de la propia época, y llegando a la conclusión de que no resulta sencillo definir “un hecho de armas tan difuso como poliédrico”. Es por esa dificultad por lo que tradicionalmente se han dado intensos debates historiográficos en torno a la significación de la batalla en la Edad Media. A ese tema es consagrado el segundo capítulo, en el que se indaga en las controversias que han venido dándose desde el siglo XIX, centuria en la cual la batalla fue contemplada como acontecimiento bélico “decisivo”, en un momento en el que se estaban forjando identidades nacionales en base al estudio del pasado y la historia militar empezaba a ser tratada como una disciplina científica. Teóricos como el alemán Clausewitz, el francés Jomini, el alemán Delbrück o el británico Oman convirtieron precisamente la batalla en objetivo prioritario de sus análisis militares. Esas concepciones decimonónicas serían revisadas durante el siguiente siglo por estudiosos como J. F. Verbruggen, R. C. Smail, C. Gaier o J. Gillingham, entre otros, quienes sentaron las bases de bastantes de las apreciaciones que en la actualidad se

tienen sobre un tema cuyo estudio sigue manteniéndose vivo, sobre el que siguen dándose debates y discusiones, como la mantenida entre Gillingham y Rogers. Todas esas cuestiones son tratadas de forma sintética y clara en ese segundo capítulo del libro de Rodríguez Casillas.

A partir del capítulo 3 el autor nos introduce en la contextualización de un “acontecimiento extraordinario”, al tiempo que sobredimensionado en la propia Edad Media. “Excepcional” y “trascendental” son algunos de los apelativos empleados para caracterizar una operación militar dentro del contexto de las formas de hacer la guerra en la Edad Media, cuando por lo general se primaba lo defensivo sobre lo ofensivo, abundando un tipo de guerra basado en el control de castillos y fortalezas y la erosión de los recursos del adversario mediante cabalgadas y razias. La cabalgada era además empleada como arma psicológica, para castigar e intimidar al adversario, empleando contra él el terror que producía la destrucción. La abundancia de esas otras operaciones hizo de la batalla, como expone el autor, “un acontecimiento tan fascinante como inusual”, y cuya génesis podía responder a una variada casuística. Así, para explicar el por qué del desarrollo de la batalla, se nos explican las razones que las generaban, como podía ser la ausencia de fortalezas en el escenario de la guerra, lo que obligaba a los contrincantes a enfrentarse en combate; el empleo que alguna vez se hizo del choque campal como forma rápida de resolver un conflicto; la búsqueda del enfrentamiento campal por uno de los contendientes; aquellas desarrolladas en el marco de un asedio o una cabalgada serían algunas de las situaciones más habituales en las que se gestaban batallas.

¿Quiénes combatían en batallas campales y cómo iban armados? Son las cuestiones fundamentales a las que se da respuesta en el cuarto capítulo. Porque la batalla era algo distinto a otras operaciones, en ellas era tal vez más fácil encontrar la muerte o sufrir heridas graves. Siguiendo un planteamiento coherente, el autor empieza hablando de los caballeros y el rol que desempeñaban en la batalla. Considerada el arma más potente de la época, la caballería se caracterizaba por una superioridad que nacía, en primer lugar, de su entrenamiento. Y es que si hubo un cuerpo de algún modo profesionalizado durante el periodo medieval ese fue precisamente el de los caballeros, y lo fue en buena medida gracias a las horas dedicadas al entrenamiento, tanto individual como colectivo. Ese adiestramiento no resultaba menos pertinente en algunos cuerpos de infantería que se mostraron altamente resolutivos en algunas batallas, en especial aquellas que se desarrollaron a partir de mediados del siglo XIV en el marco de la Guerra de los Cien Años. Los arqueros ingleses fueron una de esas unidades resolutivas en batallas como las de Crecy, Poitiers, Aljubarrota o Agincourt, y lo fueron, en buena medida, gracias a las horas dedicadas a la práctica, al entrenamiento. No menos importancia tenía el armamento que portaban caballeros y peones, y a ello destina Rodríguez Casillas las siguientes páginas de su libro. Y es que si algo distinguía al caballero y lo hizo superior en el campo de batalla fue, además del aludido entrenamiento, un equipo militar de élite en el que el caballo era el elemento más determinante. La armadura permitía al caballero conjurar algunos de los peligros

intrínsecos a todo choque armado. Pero la armadura nunca fue la misma a lo largo de la Edad Media, fue evolucionando, pasando de la cota de malla a estructuras más complejas en las que las placas metálicas fueron sustituyendo al entramado de anillas de hierro cosidas. Algo similar sucederá con otras armas defensivas y ofensivas, una evolución de la que el autor da cumplida cuenta, añadiendo material gráfico que nos ayuda a entender el fenómeno de manera clara. Finaliza este capítulo hablándonos del papel desempeñado por la infantería en el campo de batalla, cuya presencia e influencia fue siendo cada vez mayor a medida que avanzaba la Edad Media, hasta el punto de llegar a suplantar la hegemonía que hasta entonces había tenido la caballería.

El capítulo 5 nos lleva al interesante asunto de la planificación y la ejecución de la batalla campal, donde se tenían en cuenta condicionantes tan determinantes como la naturaleza del terreno donde iba a desarrollarse y la meteorología. Seguidamente Rodríguez Casillas nos ilustra sobre los planteamientos tácticos, en los que el aparato acústico, las banderas y estandartes desempeñarían una función esencial. Tras explicar las distintas partes en las que se dividían las huestes para la batalla, vanguardia, retaguardia y flancos, el autor nos habla de desarrollos tácticos y sistemas de combate, tanto de caballería como de infantería, ilustrando las distintas ideas con el ejemplo de batallas concretas y la inclusión de mapas y gráficos que nos ayudan a entender la formación de los distintos cuerpos, así como las claves de algunos choques importantes.

No todas las batallas se ejecutaban de la misma manera, aunque después de ellas los patrones de conducta de los vencedores solían ser similares. Es precisamente sobre lo ocurrido tras la batalla sobre lo que trata el capítulo 6 del libro. A lo largo de sus páginas el autor reflexiona sobre los usos propagandísticos que se hicieron del triunfo militar en una operación peligrosa y mediática como era la batalla. Panegíricos en crónicas y poemas, erección de monumentos conmemorativos y recordatorios eran algunas de las acciones desarrolladas por los vencedores para exaltar el triunfo, intentando siempre obtener el máximo rendimiento ideológico a un acontecimiento tan señalado. La otra cara de la moneda, la de los derrotados, también es tratada en este capítulo. ¿Cuál era el destino de los vencidos en la batalla? Rodríguez Casillas da respuesta a esa importante cuestión, pues nos encontramos en un momento, la Edad Media, durante el que se va gestando una especie de embrión de lo que más tarde sería el “derecho de armas”, necesario para la regulación del trato que debía darse al enemigo vencido. En el respeto a la vida del derrotado intervendría una compleja mezcla de factores. Desde el punto de vista económico el cobro de rescates frenaría la masacre en no pocas ocasiones, pero también intervendrían factores políticos, morales, mentales, así como el pragmatismo más prosaico.

Concluye el trabajo con una reflexión final sobre la importancia que tiene el estudio de la batalla campal, no solo por su posible relevancia militar, sino también por su significación cultural, social, ideológica. Habiendo superado viejos prejuicios, habiéndose producido durante el siglo XX una profunda renovación de enfoques y planteamientos, habiendo continuado en la centuria en la que vivimos con un proceso de continuo estudio, debate y reflexión acerca de la batalla campal en la Edad Media,

consideramos que este libro de Carlos Rodríguez Casillas es un buen punto de partida para introducirnos en un tema apasionante y un tanto mitificado, a veces distorsionado, por las producciones culturales audiovisuales, especialmente el cine y la televisión. Es por ello que entendemos que es muy recomendable su lectura, a través de la cual el público podrá obtener una idea general pero muy precisa de distintos aspectos importantes que definieron y caracterizaron a la batalla campal en la Edad Media.